



**Reseña de/Book Review of: Moreno Luzón, Javier, *El rey patriota. Alfonso XIII y la nación*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2023. ISBN 9788419392114, 587 pp.**

Completando un fértil ciclo de estudios sobre el primer tercio del siglo XX desde una renovadora perspectiva de historia política y socio-cultural, el historiador Javier Moreno Luzón (Hellín, 1967), catedrático de Historia del Pensamiento y los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense, ha acometido el difícil reto de escribir una densa biografía del rey Alfonso XIII (Madrid, 17-V-1886 / Roma, 28-II-1941). Se trata de un volumen extenso, de más de medio millar de páginas de apretado texto y aparato crítico, estructurado en una veintena de capítulos. En ellos se va desgranando con elegancia narrativa su itinerario vital de apenas 54 años, tanto público como privado, de manera minuciosa y con una abrumadora apoyatura documental que incluye decenas de archivos primarios y un excelente elenco de fuentes hemerográficas y bibliográficas diversas y plenamente actualizadas.

El profesor Moreno Luzón tenía tras de sí un precedente valioso para acometer con éxito esta magna empresa en su calidad de editor de un volumen dedicado a esa figura publicado veinte años atrás bajo el título de *Alfonso XIII. Un político en el trono* (Madrid, Marcial Pons, 2003). Era una obra coral y polifónica en la que once historiadores, bajo su dirección, examinaban las distintas facetas del monarca durante sus casi treinta años de reinado y diez de exilio, desde su jura como rey constitucional (18 de mayo de 1902) hasta su renuncia al trono (14 de abril de 1931) y posterior destierro en París y Roma. Facetas que iban desde su práctica constitucional, su protagonismo durante la dictadura primorriverista y su ostracismo durante el quinquenio republicano y la guerra civil, hasta sus relaciones con partidos y movimientos (conservadores, liberales, republicanos, católicos e intelectuales) y su especial vinculación con el Ejército. Aquella primera incursión deviene ahora una completa biografía reconocidamente cercana a la modalidad biográfica llamada “externa” (porque “aspira a explicar problemas generales a través de una trayectoria vital”) más que a la opción alternativa denominada “interna” (“ceñida a su carácter, opiniones y comportamientos personales”). Es, en todo caso, la más reciente, ponderada y

penetrante mirada histórica sobre un personaje central y decisivo para entender el devenir de España durante esas tres primeras décadas de un siglo especialmente complejo y convulso.

No faltaban obras de diversa entidad, perfil y calidad sobre la vida y obra del rey, por supuesto. El propio Moreno Luzón menciona “los más de cien libros dedicados a Alfonso XIII a lo largo de un siglo”, que incluyen tanto obras de polémica política como estudios historiográficos. Las primeras, lastradas por una divisoria férrea entre una “tradición encomiástica” (que ve en su figura a un “caballero, patriota y muy español”: José María Pemán o Winston Churchill, entre otros muchos) y una “tradición crítica” (que lo percibe como “autoritario, militarista y perjuro”: Vicente Blasco Ibáñez o Miguel de Unamuno, entre los más destacados). Los segundos, necesariamente más reposados y argumentativos pero no menos discrepantes en cuanto a su papel (¿estabilizador o disolvente?) como figura central del sistema político restauracionista. Particularmente en dos coyunturas especialmente críticas: con ocasión de la crisis de 1909 y la Semana Trágica barcelonesa, que se saldó con el cese forzado de Antonio Maura (avalado como legítimo por Carlos Seco Serrano o Jesús Pabón, contra el parecer de Melchor Fernández Almagro o José María García Escudero); y a la hora de incumplir sus deberes constitucionales y apoyar la implantación de la dictadura de Primo de Rivera en 1923 (con explicaciones matizadamente exculpatorias por parte de Seco Serrano, Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, contra el parecer más crítico de Ignacio Olábarri, Raymond Carr, Shlomo Ben-Ami, José Luis Gómez-Navarro, María Teresa González Calvet o Eduardo González Calleja).

En la estela de esos estudios, la renovadora biografía de Moreno Luzón rescata una figura histórica bastante más poliédrica y compleja en sus manifestaciones públicas y privadas y mucho más inserta en las aceleradas dinámicas históricas del tiempo en el que reinó, con la inevitable evolución de su propia autoconcepción y papel simbólico y político a lo largo de casi treinta años de ejercicio del poder real, fuera constitucional o dictatorial. No en vano, como recuerda el autor de la obra a modo de aviso para navegantes:

Contra lo que ha afirmado buena parte de sus estudiosos, el reinado alfonsino no estaba destinado al fracaso desde sus comienzos, ya que atravesó períodos muy diferentes, duró casi tres décadas y adoptó sucesivas soluciones al correr de los años, algunas con bastante éxito.

En efecto, la obra nos descubre a un monarca que viene al mundo poco antes del Desastre Colonial del 98, hijo póstumo de Alfonso XII (que murió sin cumplir

los treinta años) y de su segunda esposa, María Cristina de Austria (bautizada como “Doña Virtudes” por su respeto estricto a la legalidad constitucional como reina-regente durante la minoridad de su hijo). Fue un niño criado en Palacio bajo la atenta supervisión de su madre, a la que adoraba, y con preceptores reclutados básicamente entre personal militar y clérigos, que nutrieron sus primeras convicciones sobre su papel excepcional como “rey soldado” y “defensor de la fe católica”. En ese contexto, “mimado por sus familiares y por los cortesanos dispuestos a ganarse su favor”, creció como un muchacho algo débil físicamente (lo que compensó con un intenso programa de actividades deportivas) y dotado de indudable encanto personal, inteligencia despierta y gran capacidad comunicativa (facilitada por su conocimiento de tres idiomas: francés, inglés y alemán). Como apunta el biógrafo en varios momentos, era sencillamente “muy simpático, un verdadero seductor” que “se dejaba llevar por la campechanía”, “agudo y rápido” en la comprensión de los problemas, aunque también en ocasiones excesivamente seguro de sí mismo y su criterio, “indiscreto”, incluso “frívolo” y excesivamente pasional y poco reflexivo en muchas de sus decisiones. Como escribió en su diario personal el propio rey a principios de 1902:

Yo puedo ser un Rey que se llene de gloria regenerando la Patria, cuyo nombre pase a la Historia como recuerdo imperecedero de su reinado; pero también puedo ser un Rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y, por fin, puesto en la frontera.

En el plano personal, un hito señalado de su vida fue el matrimonio en 1906, cumplidos sus veinte años, con la princesa Dña. Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria del Reino Unido. No sólo por el terrible atentado que sufrió el matrimonio en el día de su boda: la bomba lanzada por el anarquista Mateo Morral contra la carroza nupcial en pleno centro madrileño no logró su objetivo regicida, pero causó la muerte de veintitrés personas y más de cien heridos. También porque se inició bajo los mejores auspicios gracias a la belleza y discreción de la joven reina, que aportó dinamismo y modernidad al ceremonial real y propició la difusión de una imagen del rey igualmente dinámica y a tono con los tiempos liberales y reformadores dominantes en la patria de origen de su cónyuge. Sin embargo, esa situación pronto empezó a cambiar y derivó en un creciente distanciamiento entre la pareja, al tener que afrontar las enfermedades de su numerosa prole: el primogénito, Alfonso (1907), jurado como heredero y príncipe de Asturias, resultó ser hemofílico (una enfermedad al parecer transmitida por las mujeres de la familia real británica), al igual que el infante Gonzalo (1914), su cuarto hermano y el menor; otro mal similar afectó al segundo hijo, el infante Jaime (1908), sordomudo desde pequeño por una enfermedad mal tratada. Los únicos hijos sanos del matrimonio fueron las dos

mujeres, las infantas Beatriz (1910) y Cristina (1911), así como el tercer varón, el infante D. Juan (1913). La tensión resultante rompió el matrimonio y propició las reiteradas aventuras extramatrimoniales del rey, que pasó a tener merecida fama de empedernido “donjuán” (si bien sólo una de esas aventuras tuvo importancia real: la que le unió a la actriz Carmen Ruiz Moragas, con la que tuvo dos hijos).

El trabajo de Moreno Luzón tiene entre otros el gran atractivo de resaltar esa primera etapa del joven monarca como rey regeneracionista, dispuesto a superar el trauma del Desastre con una actividad política incesante tras su jura en 1902, con sólo 16 años. Presentándose como un rey-soldado que encarnaba las nuevas esperanzas de una patria española renovada y modernizada, el adolescente Alfonso XIII concitó el apoyo y la simpatía franca de múltiples sectores sociales y políticos del país, obteniendo el aval no sólo de conservadores, católicos y liberales dinásticos, sino también el de la izquierda democrática accidentalista y el republicanismo moderado, que esperaban de él que siguiera la senda reformista de la monarquía británica con auxilio de Dña. Victoria Eugenia. El conde de Romanones, prohombre de ese liberalismo dinástico abierto a la integración de las izquierdas, acertaría al describir el dilema que habría de afrontar el joven rey en algún momento próximo: “elegir entre ser Jorge V del Reino Unido o Fernando I de Bulgaria. Es decir, un respetado monarca parlamentario o un zar forzado a abdicar o exiliarse”. La responsabilidad del rey en la frustración final de esa prevista evolución democrática que pareció bien factible bajo el mandato de José Canalejas (1910-1912), por ejemplo, es innegable. Pero también matizadamente compartida con otros factores a veces olvidados o intencionalmente eclipsados. En palabras de Moreno Luzón:

En España faltaban dos elementos clave para transformar la monarquía constitucional en una monarquía parlamentaria: elecciones libres que dieran una sólida legitimidad a las Cortes y jefes investidos por ellas que se impusieran al rey. Pero éste, poco propenso a encerrarse en funciones representativas, tampoco alentó esa transición.

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) y sus revolucionarios efectos disolventes sobre imperios y monarquías motivaron un cambio bastante rápido en el pensamiento y la acción del rey, pavimentando su giro hacia posturas contrarrevolucionarias, más cercanas al autoritarismo y más proclives a las versiones nacional-católicas como fórmula de superación de los problemas de la época. Sobre todo después de la triple crisis del verano de 1917 (juntas militares, asamblea parlamentaria y huelga general), que prácticamente consagró el fin del viejo juego de la alternancia en el poder de los partidos dinásticos y abrió la vía a nuevas experiencias políticas cada vez más fugaces e inestables (gobiernos de concentración, estados de emergencia, suspensión de Cortes, incremento de la intervención real en la formación de

ejecutivos y la elección de líderes partidistas). El impacto de la conflictividad socio-laboral después del final de la guerra y el efecto desgarrador de las sangrientas campañas militares en Marruecos precipitaron la crisis del régimen parlamentario constitucional y el retorno del pretorianismo a la escena política de la mano del nuevo Ejército “africanista”. Todo ello en un contexto en el que el rey cada vez veía menos atractivo en el modelo de la monarquía británica y encontraba más afinidad con las autoritarias monarquías balcánicas, despreciando a sus servidores políticos (a los que “borboneaba” inmisericordemente) y otorgando mayor preeminencia al Ejército como pilar del orden y la seguridad de la patria unida por una fe compartida. Como señala certeramente Moreno Luzón: “El rey regenerador se encerró en el rol del rey católico”. La ceremonia de consagración oficial de España al Sagrado Corazón de Jesús, efectuada por el monarca en mayo de 1919, fue un hito simbólico crucial en esa deriva hacia el nacional-catolicismo como seña de identidad de la monarquía alfonsina.

Finalmente, el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera en septiembre de 1923 posibilitó una última transformación del rey en el espacio público y en la arena política: “la joven promesa se convirtió en el maduro consentidor de un régimen de excepción”. Y lo hizo pese a la advertencia contraria de su anciana madre, que ejerció nuevamente de “Doña Virtudes”: “La dictadura arrastrará en su caída a la Monarquía”. Ese aval real a una dictadura militar hizo del monarca el primer portavoz de esa España autoritaria y contrarrevolucionaria que le transformó a ojos del resto de fuerzas socio-políticas en “el rey perjuro” o “el rey felón”. Unió entonces su suerte a la del dictador y disfrutó de esa posición durante casi todo un septenato y antes del agotamiento y desplome de ese experimento autoritario arrastrado por sus propias contradicciones y por los primeros efectos de la Gran Depresión de 1929. Y entonces no tardó en llegar al momento crítico de su soledad más absoluta en abril de 1931, con el resultado de las elecciones municipales convocadas para encontrar una salida al final de la dictadura. Ante el incontestable triunfo de las candidaturas antidinásticas que llevaron a la proclamación incruenta de la Segunda República, Alfonso XIII abandonó el trono y la propia España en la tarde del 14 de abril, tras emitir un manifiesto en el que reconocía que las elecciones revelaban “que no tengo hoy el amor de mi pueblo” y por eso, sin renunciar a “ninguno de mis derechos” y reconociendo a la nación “como única señora de sus destinos”, anunciaba a los españoles: “suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España”.

Los diez años posteriores de exilio fueron ya casi un tiempo de descuento para un monarca envejecido prematuramente y enfermo de cuerpo y alma, sin esperanza

de volver a España ni como rey ni como ciudadano común. Primero por la intensa hostilidad gubernativa y en parte popular exhibida contra su persona durante el quinquenio republicano. Y después por la nueva dinámica política abierta por la guerra civil y tras la victoria de una nueva dictadura de origen militar pero con voluntad de permanencia bajo fórmulas caudillistas soberanas muy ajenas al monarquismo. Además, tuvo entonces que afrontar una separación matrimonial conflictiva y amarga, que fue fuente de continuos roces y dificultades económicas. También tuvo que solventar el grave problema de la herencia dinástica, con la renuncia forzada en 1933 del príncipe Alfonso, enfermo de hemofilia y casado con una plebeya, y del infante Jaime, inhabilitado para sustituirle por ser sordomudo. Ambas renunciaciones dejaron como potencial sucesor a su tercer hijo, D. Juan, lo que fue ratificado en 1935 por la muerte en accidente de coche D. Gonzalo (como sucedería tres años después con el primogénito) y por el matrimonio morganático de D. Jaime. Esas desgracias personales aumentaron más el aislamiento del rey y sus dolencias morales y corporales, hasta fallecer en su habitación del Grand Hotel de Roma, con sólo 54 años, a finales de febrero de 1941.

A modo de corolario, esta magna biografía concluye sus páginas con un balance ajustado y ponderado que apenas cabe discutir a la vista de su despliegue probatorio y explicativo tan solventemente presentado en sus sucesivos capítulos:

Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena fue, sin duda, un rey español y, a su manera, un rey patriota. Pero, contra lo que proclamaba su manifiesto de despedida, no consiguió ser el rey de todos los españoles.

Enrique MORADIELLOS GARCÍA

*Universidad de Extremadura*

ORCID: 0000-0001-8480-5292